

escamas de la piña, le ha formado también el pico enorme indispensable para este trabajo; y el mono debe las cuatro manos para agarrarse, y por añadidura la larga cola prehensil, al mismo principio que le incita á trepar por los árboles. No es raro el caso, según nota C. G. von BAER, en que el instinto complete la obra organoplástica. El paguro (cangrejo de Bernardo), que tiene poco desarrolladas las partes posteriores de su tronco, esconde el extremo del rabo en las espiras de la concha de un callo hasta que no sale de ella ya más que el pecho y las tijeras. En las casas, tan maravillosamente gobernadas, de las abejas, el número mayor de sus inquilinos no suspende durante toda la temporada de verano el trabajo fatigoso de formar celdas de cera y llenarlas de miel para alimento de las abejas adolescentes. Este instinto generoso de las abejas está en perfecta armonía con la fecundidad increíble de la que eligen por reina de la colmena.

Apreciadas bien estas consideraciones, que la experiencia nos suministra por todas partes, no puede ya desconocerse que todas ellas señalan una *unidad*. El mismo ser que se sirve de los órganos de percepción y movimiento en las funciones de la vida sensual, se los construye del modo que mejor conviene á sus necesidades y los restablece oportunamente cuando están lastimados; el mismo ser que forma el ojo y el pie para el uso animal, construye también los órganos de la vida vegetal; y, en fin, todos los procesos y actos de la vida animal se compensan mutuamente y vienen á concurrir en una unidad superior que los comprende y dirige todos. Si, pues, la tendencia natural que se descubre en las manifestaciones de la vida sensitiva, emana del ser mismo, se sigue que la actividad plástica no tiene otro origen.

Mas aun desentendiéndonos de la relación íntima de la organoplástica con la vida sensitiva á fin de considerar aquella sola, se nos impondrá irresistiblemente la convicción de que la tendencia organizadora del cuerpo reside y gobierna en el interior mismo del organismo que elabora. "En el animal, como en la planta, dice el catedrático von HANSTEIN, las diferentes formas de células y tejidos se van desenvolviendo paso á paso de la forma primitiva unas y otros. De células homogéneas se forman otras de distinta figura y composición; las células hijas de una célula madre originan elementos orgánicos de carácter enteramente diverso; todo se divide, se descompone, se desmembra y sigue, sin embargo, constituyendo un conjunto admirablemente dominado y regido por un impulso organizador interno, no por la acción externa de fuerzas extrañas, ni por la influencia ocasional de una afinidad molecular, ni por otra propiedad alguna atómica. La forma del organismo no es el resultado de la necesidad *impelente* de sucesivos movimien-

tos moleculares, ni tal necesidad explica su ordenado progreso é incesante metamorfosis; antes se realiza el plan del organismo y las formaciones ulteriores en gracia del fin que debe ser obtenido. El apotegma aristotélico: el todo existe antes que las partes, conserva aun hoy su valor científico. Desde la célula labrada en el huevo, cada protoplasma ajusta su trabajo particular al fin orgánico que todos juntos han de alcanzar, y el trabajo común de todas las células es dirigido continuamente de manera que ninguna deje de cooperar con las demás á la consecución de aquel mismo fin. Para tener este efecto se forman los elementos orgánicos diferentes, según el lugar que les corresponde en el conjunto, se recorren las fases de evolución distintas por la edad del organismo, se superan ó se evitan obstáculos, se reparan pérdidas y se sanan lesiones, se buscan recursos para llenar las varias necesidades vitales, y al fin se termina y remata el cuerpo característico de la especie á que el individuo pertenece ¹.

Irámos demasiado lejos si quisiéramos consignar todos los detalles que prueban el origen interno de la acción organoplástica, siendo, por otra parte, suficiente representarse la totalidad del organismo tal como es para persuadirse al punto que, tanto en el todo como en sus partes, hay algo más que una mera combinación de diferentes elementos, como en una máquina muy complicada. Existe, sin duda, semejante mecanismo, en el que se utilizan fuerzas dinámicas y químicas, se consume una provisión de fuerza acumulada, y continuamente se hace preciso echar más carbon al fuego; pero á más de esto hay que esta máquina se ha construído, á sí misma, se conserva, restaura y produce á sí misma, según un plan ingénito en ella. Un mero mecanismo causará cuando más una serie determinada de procesos químicos y físicos; pero jamás podrá ser el principio causal de su desenvolvimiento, conservación y reproducción.

Siendo esto así, ¿se da aquí, por ventura, alguna fuerza inmateral que, introducida en el germen y dominando la materia á manera de un demonio que morase en el organismo, imprime la dirección conveniente á las fuerzas materiales? Esta solución parece aún más difícil de conciliar con la realidad. Pues aparte de que la Fisiología logra de día en día más eficazmente sacar de la trastera empolvada la teoría medioeval que defendemos, tratando de representar todas las manifestaciones dinámicas psico-físicas del organismo como efectos de otras fuerzas químico-físicas transformadas, la opinión mencionada supondría un dualismo dentro del viviente que contradice á cuanto enseña la experiencia. La acción

¹ El Protoplasma, pág. 285.

organoplástica no es el influjo de una fuerza *sobre* la materia muerta por sí misma, sino una acción uniforme y procedente de un solo sujeto. La materia misma, animada, es la que vive; su ser más íntimo se ha vuelto *vida*. Debe, pues, haberse unido algo á la materia, penetrándola y vivificándola hasta lo más recóndito é íntimo de su ser, imprimiéndole una tendencia nueva y una ley ideal, de suerte que también las manifestaciones dinámicas materiales operan desde luego al servicio de un principio vital. No es éste, por tanto, ninguna fuerza, ó sea ningún principio activo, sino un principio determinante que unido á la materia se completa con ella en un solo ser, del cual dimanar luego todas las fuerzas.

En el fondo de cada ente natural hay una idea, un tipo ¹, una imagen teórica muda é inerte—palabras de TRENDELEBURG,—no como la figura trazada por el alumno en el encerado, sino una cosa que quiere algo. A todo ser viviente da aquella idea instrumentos motores acomodados al elemento en que ha de gozar de la existencia, por ejemplo, al pez la estructura cariniforme de su cuerpo y las aletas con que hiende las aguas, y al ave las alas que, cual abanicos, comprimen el aire sobre que se mece, y construyendo su esqueleto de huesos ligerísimos; haciendo también, para aligerar el peso de la pierna y aumentar la facilidad de la marcha, que la cabeza del fémur humano descansa en el acetábulo de la cadera mediante una presión de aire calculada con exactitud para la altura barométrica ordinaria; tipo, en fin, que en todos los casos semejantes conduce el desarrollo orgánico por una dirección determinada á fin de cumplir los diferentes objetos propios y peculiares de cada organismo, siendo, por tanto, idéntico á su causa eficiente. La idea del fin penetra en lo más íntimo de la materia, y residiendo en ella, inicia, dirige y termina la obra. “Enseñoreado, pues, el fin de las fuerzas de la materia, imprime en ella sus propias huellas por la estructura y organización que le confiere con rasgos tan claros, que el espíritu atento á estos signos puede volver á descifrarlos sin dificultad ².”

De aquí esa unidad, perfección y entereza, y esa naturalidad libre de toda violencia, que nos encantan en todos los organismos.

La contemplación, pues, de la tendencia teleológica en la esfera de las formaciones orgánicas nos ha vuelto á presentar el mis-

¹ «Omne agens vel agit per naturam vel per intellectum. De agentibus autem per intellectum non est dubium, quin agant propter finem; agunt enim praecognoscunt in intellectu id, quod per actionem consequuntur, et ex tali praecognitione agunt; hoc est enim agere per intellectum. Sicut autem in intellectu praecognoscuntur exiunt tota similitudo effectus, ad quam per actiones intelligentis perveniunt, ita in agente naturali praexistit similitudo naturalis effectus, ex qua actio in hunc effectum determinatur.» (S. THOM., *Summ. c. gent.*, l. 3, c. 2.)

² TRENDELEBURG, *Disquisiciones lógicas*, II, pág. 22.

mo concepto de la “naturaleza”, que ya hablamos abstraído de la vida instintiva de los brutos. Este es el concepto de la naturaleza, que la antigua escuela enseñaba con tanta claridad y precisión. La “naturaleza”, en este sentido ¹ consiste en un principio interno de tendencia, el cual, sin poseer conocimiento, él mismo determina y regula por sus leyes toda la conducta del viviente. En la naturaleza del animal, la idea del fin que lo domina está dirigida á procurarle algún goce, aunque imperfecto, en los diversos acontecimientos naturales que llenan su existencia; el fin natural es apetecido en él ciegamente, pero en cuanto lo alcanza ó loyerza, siente pena ó placer. El hombre, capaz de elevar su pensamiento sobre el mundo sensible, tiene conciencia del fin á que su naturaleza tiende. No se subtrae tampoco al impulso de su naturaleza, bien ética, bien sensitiva; pero tiene el poder de eximirse de él y de concebir y realizar actos moralmente buenos.

§ VI

La tendencia natural en las cosas inorgánicas.

216. Réstanos aún volver nuestras miradas al dilatado reino de las sustancias inorgánicas. ¿Hemos de admitir que también esta clase de entes, con ser tan rígidos é inmóviles, son tan dóciles al dominio del fin que ellos mismos engendran una tendencia propia en su íntimo ser? Varones que por cierto no carecen de juicio no prevenido con que apreciar rectamente toda la importancia de la teleología, no se atreven á resolver afirmativamente esta cuestión. “Todos los elementos que encierran las cosas inorgánicas, se hallan en ellas colocados indiferentes el uno al lado del otro, opina TRENDELEBURG; nada se segrega para volver á entrar en otra relación; en semejante estado no es posible que surja el fin, cuyo dominio no empieza sino cuando hay oposición, pues que su esencia consiste en que lo uno exista para lo otro, y esto se refiera á aquello como el medio al fin, siendo la condición primera de la posibilidad del fin una pluralidad de cosas ó elementos ².” C. E. VON BAER juzga del mismo modo en esta materia: “No puedo reconocer á la verdad, dice, ninguna conveniencia en estas diferentes cosas, aunque algo semejante parece deber colegirse de sus relaciones con los organismos, y ante todo de las que mantienen entre sí mismas. Entiendo que al aire le será del todo indiferente ser elástico ó no ³.”

¹ Natura est ratio artis indita rebus, qua ipsae res ex seipsis moventur ad finem determinatum

² *Disquisiciones lógicas*, II, pág. 28.

³ *Estudios*, pág. 224.

Si asentimos á la opinión que estos y otros sabios profesan acerca del mundo inorgánico, preciso es que dividamos toda la creación por ancha y profunda hendidura en dos partes desiguales, en la mayor de las cuales habremos de ver una mole material indeterminada, un mecanismo libre de toda ley, un mundo de indolencia perezosa, enfrente de otra menor ordenada con bellísima armonía y enriquecida con los varios encantos de la vida por la acción de la tendencia intrínseca que la anima. Confesamos que nos es harto difícil dar nuestro asenso á esta teoría; sería tener que romper el lazo de analogía con que el espíritu humano quisiera sujetar y unir todas las cosas del universo, y admitir un dualismo que contrapone una parte de las cosas á la otra separándolas por un abismo. Creemos, al contrario, que la constitución de la substancia orgánica deja traslucir y reconocer la de la inorgánica. Pues ¿qué razón tenemos para dudar que las mismas fuerzas químico-físicas que dentro de los organismos están al servicio de la tendencia intrínseca no se rijan por ninguna ley interna?

247. En efecto, un examen más detenido nos probará que es fuerza reconocer en los seres inorgánicos una tendencia natural análoga á la que hemos descubierto en los organizados.

En las cosas inorgánicas, no sólo reconocemos un *devenir* indeterminado, sino en que el flujo ó movimiento constante se halla la cosa como un efecto acabado, como una perfección y punto de conjunción, como resultado de un *devenir* ó mutación determinada del cual procede otra mutación ó *devenir*.

Aquí también la ley es la que rige y ordena la ejecución, pero el principio legislativo es la cosa misma. Cada cosa pertenece á una especie *determinada* de substancias naturales, sea oro, oxígeno ó azufre, substancias deslindadas unas de otras por diferencias esenciales, y que renacen con precisión matemática, íntegras, de todas las combinaciones químicas y físicas. Estúdiese el proceso de la cristalización, la simetría de aristas, vértices y ángulos diedros siempre iguales, simetría inherente á la naturaleza del cristal: ¿se verá tal vez en ella nada más que una propiedad exterior y accesoria?

La razón próxima de esta regularidad se halla en las cosas mismas. Pero ¿cuál es? Respóndenos: consiste en los varios estados de movimiento de los átomos. Mas desde luego es imposible que el solo movimiento sea la causa de las diferencias intrínsecas que distinguen los cuerpos inorgánicos, pues que el movimiento es indeterminado por sí, está sujeto á todas las alteraciones posibles, no domina las influencias, sino que es dominado por ellas. Es, por tanto, absolutamente imposible ver en el movimiento mecánico la causa de aquellas diferencias determinadas y constantes, pu-

diéndose decir con más razón que aquél presupone á ésta. ¿Luego será esta causa la diferente figura de las partículas mínimas de los cuerpos? Pero esta figura, considerada como mera afección de lo extenso, no es menos indiferente, indefinida, apática y mudable que el estado de movimiento; y cuando más, podría ser el principio de alguna determinación si ella misma la tomara de un principio cualitativo que le fuese immanente.

Si para explicar la naturaleza constante de los organismos tenemos que recurrir á un principio teleológico especial por la razón, entre otras, de que esos fenómenos vitales no se comprenden mientras se consideren sólo como resultados de fuerzas físicas y químicas, la consecuencia rigurosa nos prescribe admitir también para cada individuo de la naturaleza inorgánica una tendencia final peculiar, porque es igualmente imposible concebirla por las partes componentes solas. "Los vegetales, dice NARGELI, por las substancias de que se componen, se explican tan perfecta y tan imperfectamente como la albúmina, la celulosa, el ácido málico, el cuarzo, el ácido carbónico y el agua por los átomos que entran en estas combinaciones. El ácido sulfúrico es tan imposible que se forme con un átomo de azufre y tres de oxígeno, como la celdilla del criptococo con albúmina, celulosa, dextrina y demás componentes de esta combinación orgánica". No es cierto que los elementos del mundo orgánico estén situados, los unos al lado de los otros, indolentes é impasibles; la verdad es que cada cosa lleva en su esencia una razón legislativa, por la cual deja de serle indiferente el asociarse con tales otras para formar una nueva combinación química y el modo de obrar sobre las de más. Tampoco es lícito afirmar de plano que al aire no le importa nada su elasticidad, como no se entienda por esta frase que no le importa el grado de intensidad de su tensión, en cuanto que los gases mezclados en la atmósfera *no tienen conciencia* de la importancia que el ser elásticos envuelve para ellos. Mas de ser verdad que el aire tuviese aquella indolencia absoluta que VON BAER le atribuye, ¿cómo fuera comprensible que aspire á ciertos estados de equilibrio con esa energía que demuestra, ora en el suave soplar de la brisa, ora en el bramido espantoso del temporal deshecho? Ni tampoco se debe decir que sea indiferente á la substancia del cristal la forma que ha de tomar al pasar del estado líquido al sólido, pues claramente se demuestra en la regularidad con que cristaliza una tendencia que la impulsa á afectar esta y no otra forma poliédrica. Cuán exacta sea esta teoría, lo comprueban,

¹ Así se lee en la «Sinopsis de los fenómenos del reino vegetal» (*Systematische Uebersicht der Erscheinungen im Pflanzenreich*), pág. 66, nota.

más que los perfectos, los cristales imperfectos, cuya formación ha sido impedida por algún estorbo externo. Precisamente estos ejemplares malogrados y descabales son, como advierte LIEB-MANN, una prueba irrefutable de la acción de esa tendencia intrínseca, demostrando, mediante la identidad de sus ángulos con los de cristales bien desarrollados, que el impulso organizador es en éstos, como en aquéllos, peculiar y propio del mineral; sólo que impedimentos accidentales, circunstancias perturbadoras contrarias, pudieron cohibirlo en parte ó llevarlo por una dirección que debió de torcer el desarrollo morfológico ordinario. Es, pues, obvio que en la masa líquida existía ya la forma del cristal en potencia, esto es, una tendencia organizadora de la substancia.

Mostrándose las esencias de todas las cosas, según vemos, en primer término como tendencias naturales, notamos en cada una, primero la tendencia á constituirse y conservar, mediante las fuerzas de cohesión y expansión, aquel volumen que mejor cuadra á su naturaleza; luego trata de mantener mediante la inercia el estado en que fué puesto, y por último tiende á obrar de manera especial sobre otras cosas. Toda presión y toda tensión, la tranquilidad del seguro equilibrio como la ruptura de asociaciones existentes, todo esto, no sólo es acontecimiento ó fenómeno escueto, sino, como tal, es el resultado de una ley cuya razón está en la esencia misma de las cosas, que con escalonadas acciones recíprocas están entretreídas en la trama del mundo total de la manera que conviene á su esencia, aspirando cada una por sí misma á esta su incorporación en el universo, no á la manera de la flecha, que, indiferente de sí á todas las direcciones, toma aquella que le imprime la voluntad decisiva del tirador. Aquella pluralidad de que TRENDLENBURG afirma que sin ella no hay fin realizable, abunda en toda la naturaleza. Vémosla en la materia divisible que se junta en una cosa según un carácter determinado; vémosla en las numerosas fuerzas externas é internas, y en el universo entero, en el cual los diferentes seres están compaginados conforme á su íntima disposición.

No hay cosa en el mundo que esté dominada de indiferencia; por todas partes se ofrece á nuestros ojos la riqueza del fin. En balde intentaríamos también expresar el *quid* de un ente natural por cosa alguna si prescindieramos de la tendencia innata que lo libra del letargo de la indiferencia absoluta y le traza una conducta cierta y constante como ley suya. Imposible es el concepto de un "ente," que no se dirija por una norma que sale de él mismo. Sólo á los seres naturales que tienden á un fin les conviene verdaderamente ser, y todas las demás formas de existencia se explican solamente por esta tendencia natural, y no ésta por aquéllas.

De paso advertimos poco ha que la acción de todas las cosas

naturales tiende á obrar de manera determinada unas sobre otras, y domina, por tanto, en la comunicación de lo propio á lo ajeno. La tendencia comunicativa se designa, con razón, como rasgo característico de toda cosa natural. Repetimos en esta ocasión lo que ya en otra (núm. 112) recordamos: que las cosas creadas reflejan en esta tendencia el carácter de la causa primera que las llamó á la existencia.

§ VII

Solución de las principales dificultades.

248. No debemos callar ni dejar de refutar ciertas objeciones que pudieran hacerse á la tendencia natural como nosotros la concebimos.

Primera. Podría parecer que, una vez rasgada la unidad de acción de cada cosa, y dividida por el dualismo de un momento teleológico y otro mecánico, sería difícil restablecer la unidad que tan perentoriamente pide la razón. ¿Cómo podrá la teleología echar las bridas al caballo de la acción mecánica que corre presuroso por estrecha y preñada senda? ¿En qué punto empieza la acción del fin para determinar el desarrollo iniciado por fuerzas mecánicas? "En este hueco de la investigación, dice TRENDLENBURG, suele atrincherarse la duda que mira incrédula el fin".

Mas bien examinada esta dificultad, resulta que toda ella ha nacido sólo de que algunos han reincidido sin advertirlo en el dualismo riguroso de PLATÓN. El filósofo de la Academia compara el principio teleológico á un auriga que doma sus caballos, á un barquero que lleva su navecita al través de la corriente, al orador que con sus arengas trata de determinar la actitud de la muchedumbre. Quien no sale del error en que incurrió PLATÓN, según estos símiles demuestran, puede lamentar, como TRENDLENBURG, "que no se advierta en la naturaleza por ninguna parte el punto donde el pensamiento haga presa en la materia y la conduzca hacia sus fines, y que la especulación no pueda mostrarlo en ninguna parte.". Si imperase un dualismo tan estricto como lo enseña PLATÓN, la tendencia, ó sea el fin como principio determinante, sería comparable á un ojo que dirigiera con la mirada los movimientos mecánicos de la materia de la manera que dice TRENDLENBURG: "La vista dirige los órganos motores, y éstos obedecen á la mirada".

¹ *Disquisiciones lógicas*, II, pág. 75.

² *Loc. cit.*, pág. 76.

Contra semejante dualismo extremado protesta con más energía que ninguna otra la filosofía peripatética. Cierto es que el principio de la teleología es distinto del mecánico; pero uno y otro no son sino mitades de un solo ser que no se puede separar sin destruirlo. El auriga está dentro del caballo, y no necesita, por tanto, echarle las bridas encima; no es preciso que el fin venga como de fuera á asir la fuerza mecánica, pues ya reside en ella y la posee como medio necesario para la ejecución. El mecanismo presupone siempre el orden teleológico, y es determinado por él del mismo modo que el medio se ajusta al fin. No hay, pues, en la naturaleza un mecanismo absoluto sobre el cual el fin haya de influir como quien dirige ó persuade. El fin es lo primero, lo preferente, y de él debe derivarse el mecanismo de la ejecución. A quien nos replique, después de oír esta explicación, diciendo que la relación real sigue aún envuelta en cierta obscuridad, no tenemos inconveniente en confesarlo. Pero la Filosofía y la ciencia en general deberían desde luego desahuciarse á sí mismas si se empeñaran un momento en disipar hasta la última sombra de sus objetos.

Segunda. Habrá quien crea que la dirección ejercida por el principio teleológico presupone con necesidad en todos los seres inteligencia que escoja los medios, ó por lo menos una percepción que conozca la situación en que se hallan las cosas. Esta consideración es, en efecto, una de las razones por qué los defensores del dinamismo psíquico atribuyen á todas las cosas verdadero conocimiento.

Ya que pensamos dedicar una sección especial á este sistema natural, podemos excusar aquí la discusión de la objeción que sus partidarios hacen al que nosotros venimos defendiendo. Entre tanto bastará una indicación para hacer plausible la existencia del orden teleológico, sin que sea preciso sustentarlo con tantas inteligencias conscientes como entes naturales hay. Así como el amo puede depositar, por decirlo así, una orden determinada en el ánimo del criado para que sea en él principio de una serie larga de acciones, sin que sea menester comunicarle la inteligencia de los motivos que determinaron al amo á mandar esto ó aquello, así podemos imaginarnos que Dios sapientísimo ha impreso á las cosas cierto impulso idealmente concebido, cierta propensión que constituye su esencia, sin hacerlas partícipes del conocimiento que hizo concebir esta y no otra tendencia ¹. Para mostrar que

¹ El mismo similitud emplea el ВРАТО АЗВЕРЖО МАНО, lib. II *Physic.*, tract. 3, c. 4. SANTO TOMÁS dice en igual sentido: «Quando homo per seipsum agit propter finem, cognoscit finem, sed quando ab alio agit, vel dicitur, potest quom agit ad imperium alterius, vel quom movetur altero impellente, non est necessarium quod cognoscat finem; et ita est in creaturis irrationalibus» (*Summ. Theol.*, I, II, q. 1, a. 2.)

la tendencia á un fin no va necesariamente unida á reflexión consciente, ARISTÓTELES recordó el arte hecho costumbre ó segunda naturaleza en el artista, cuando ejecuta hábilmente, pero sin tener la atención fija en la obra, las manipulaciones convenientes para acabarla ¹. La comparación no deja de ser acertada, y los peripatéticos posteriores se han valido debidamente de la razón que envuelve á favor de la teleología aristotélica ².

^{299.} Otra dificultad menos importante, por ser meramente formal, podría surgir por la cuestión del término más adecuado para expresar la tendencia interna en que vemos el principio de la naturaleza de las cosas, tanto en alemán, respecto del cual C. E. VON BAER ha creído necesario observar ³ que era más correcto llamar *ziel* que *zweck* el fin á que las cosas, tienden, toda vez que no tienen de él ningún conocimiento, como en latín, pues que SUÁREZ ⁴ pregunta si debía decirse: *res agunt propter finem* ó *res agunt ad finem*. Parécenos que ninguna de las dos lenguas tiene un término congruente que designe con exactitud la verdad que hemos establecido. Tanto *zweck* (*finis propter quem*) como *ziel* (*finis ad quem*), quieren indicar que en un proceso viene una tendencia que debe conducir á resultados ciertos é idealmente anticipados, consistiendo su diferencia en que, hablando de *zweck* (*finis propter quem*) en el sentido pleno del término, pienso expresamente en un ser cognoscente y que lleva el resultado en su intención, mientras que diciendo *ziel* (*finis ad quem*) no atiendo sino al punto final, ó quizá mejor dicho, al término á que la cosa ha de llegar por una dirección que ella no se da á sí misma, sino que les es impresa por un ser existente fuera de ella. La flecha tiende á un *ziel* (término); el tirador á un *zweck* (fin). Por tanto, cuando digo que la naturaleza tiende á un *fin* (*propter quem*), digo demasiado, porque hemos convenido en que no tiene conocimiento, y de consiguiente no aspira á fines que por elección propia haya determinado; y cuando afirmo que la naturaleza tiende á un *término*

¹ ἡ τέχνη οὐ βουλευεται, I. II *Physic.*, c. 8.

² «Videbatur quibusdam, quod natura non agit propter aliquid, quia non deliberat. Sed inconveniens est hoc opinari, quia manifestum est, quod ars agit propter aliquid, et tamen manifestum est quod ars non deliberat, nec artifex deliberat, in quantum habet artem, sed in quantum deficit a certitudine artis: unde artes certissimae non deliberant, sicut scriptor non deliberat, quomodo debet formare litteras, et illi etiam artifices, qui deliberant, postquam invenerunt certum principium artis in exsequendo non deliberant. Unde citharocodus, si in tangendo quamlibet chordam deliberaret, imperitissimus videretur. Ex quo patet, quod non deliberare contingit alicui agenti, non quia non agit propter finem, sed quia habet determinatam media, per quae agit. Unde et, quia natura habet determinatam media, per quae agit, propter hoc non deliberat. In nullo enim alio natura ab arte videtur differre, nisi quia natura est principium intrinsecum, et artis est principium extrinsecum» (S. THOM., in lib. II *Phys.*, lect. 14.)

³ *Estudios*, II, páginas 69 y 87.

⁴ *Metaph.*, disp. 23, sect. 70.

(*ad quem*), es poco lo que expreso, toda vez que la necesidad que se revela en la tendencia natural no es impuesta á la cosa por un poder extraño, sino que lleva su razón próxima en la esencia del ente mismo.

§ VIII

Importancia del apetito ó tendencia natural.

250. Para evitar los errores del materialismo y del monismo panteísta, nada tan necesario como tener ideas adecuadas de la unidad, pluralidad y diferencia del ser natural. Ahora, si toda la conducta y acción de las cosas naturales son determinadas por una tendencia intrínseca suya, es evidente que tanto de su diferencia específica como de su perfecta individualidad podrá juzgarse más recta y fácilmente desde el punto de vista que nos ofrece esa acción teleológica interna. Bien merece esta utilidad de la tendencia en el orden especulativo que nos detengamos un momento en apreciarla como debemos.

Toda tendencia se dirige por su esencia á un objeto que se le presenta en tal ó cual forma, y á que está ordenada, siendo tan diferente la tendencia como este objeto. Consideremos ahora que el objeto á cuya consecución tienden los esfuerzos del ser natural puede encontrarse plenamente determinado en la naturaleza del mismo, y entonces la tendencia natural será pura y sin ninguna mezcla de otra; ó es posible que un ser posea tal grado de subsistencia que él mismo, mediante conocimiento propio, puede lograr aquella determinación de su tendencia particular la cual envuelve entonces un apetito cognoscitivo, según decían los antiguos, de que la tendencia natural pura carece. Esta determinación, que se ha de lograr por conocimiento, puede á su vez ser de dos modos distintos: ó se encierra en los límites del mundo sensible, reduciéndose á perfecciones sensitivas, ó sale de ellos y penetra en el recinto de lo inaccesible á los sentidos, siendo aprehendida sólo por la razón. En aquel caso tendremos apetito sensitivo; en éste apetito racional¹.

Las distinciones que acabamos de establecer nos permiten construir esta escala de los seres naturales:

La mera tendencia natural, que carece de toda clase de conocimiento, se nos presenta en todo el reino inorgánico y aun en el de los vegetales, cifrándose la de los *cuerpos inorgánicos (minerales)* en la propensión que tiene, una vez obtenido el volumen que le corresponda y asegurado el *statu quo*, á comunicar sus propiedades por acción recíproca.

¹ S. THOM., *Summ. theol.*, I, p. 80, a. 2.

En los *vegetales* ya descubrimos una tendencia vital. Su organismo quiere perfeccionarse á sí mismo más allá de lo que las fuerzas físicas y químicas solas pudieran conseguir; quiere desarrollarse, conservarse en medio de los cambios de materia que verifica y preparar su reproducción antes de que llegue el término de su existencia. El reino vegetal causa admiración por la espléndida variedad de sus formas. Cada planta está como circunscrita por las condiciones de su individualidad, baseando su ser propio y peculiar, y el de la especie que representa. Mientras que el ente inorgánico ó mineral se da á otros por la acción que los escolásticos llamaban *transiens*, el vegetal trata de atraerse substancias extrañas y aprovecharlas en ventaja propia. Pero ni un vestigio se descubre en la planta de tendencia cognoscitiva.

El reino de los *animales* supera todavía al de los vegetales por la abundancia y lozanía de formaciones orgánicas, sin que sea esto lo que haga aparecer al animal en grado esencialmente superior al de las plantas, pues la ventaja que el animal lleva á la planta consiste principalmente en que la tendencia del animal busca en el conocimiento un nuevo principio que determine sus apetitos y movimientos, habilitándole para encontrar algún goce, aunque imperfecto y modesto, en la obtención de los fines, de que adquiere cierto conocimiento. La naturaleza se torna viva en el animal, para hacerle placentera de algún modo la existencia¹. No obstante, los animales están ligados en todos sus conocimientos á las cosas materiales é individuales y á relaciones concretas. Por esta razón no les es dado en el acto de conocer ni emanciparse de la envoltura de los fenómenos, ni abstraer ni el concepto del fin de las condiciones corpóreas.

El *hombre*, empero, levantado en alas del pensamiento sobre los respectos individuales y concretos, descubre en el fenómeno suyo que apetece, el fin que dirige y las causas eficientes; y puesto que su aspiración alcanza hasta donde se extiende su conocimiento, su apetito abarca todo el reino del ser, desde su causa más alta hasta su fin supremo. Reconoce la dependencia de todas las cosas de la primera causa y su ordenación á un fin absoluto; reconoce este orden, y ve en él la pauta de su vida, la regla de sus deseos, el principio de la moral, el camino de su destino, la norma del bien que le es propuesto y la medida de la felicidad á que puede aspirar. Esta es la *tendencia teleológica racional*; tendencia

¹ «In his quae cognitione carent, quamvis pertingant ad finem, non invenitur fructio finis, sed solum in his, quae cognitionem habent. Sed cognitio finis est duplex, perfecta et imperfecta... Imperfecta cognitio est, quae cognoscitur particulariter finis et bonum, et talis cognitio est in brutis animalibus... Rationali creature convenit fructio secundum rationem perfectam; brutis autem animalibus secundum rationem imperfectam.» (S. THOM., *Summ. theol.*, I, II, q. 11, a. 2.)

libre en sus manifestaciones particulares y actuales, es por tanto capaz de dominar las influencias de que depende ¹. Esta libertad de movimiento, don inapreciable que el hombre tiene como cosa consiguiente á su razón, trae consigo, entre otras consecuencias, también la de que le deja, aun en la esfera inferior de su vida, obrar con actividad más propia que la de criatura irracional. Mientras que gran número de instintos y otras tendencias naturales trazan al animal el curso de su vida, como para que marche sobre carriles fijos de que nunca puede salir, el hombre mismo tiene que abrirse el camino á su fin, desbrozarlo y allanarlo mediante los esfuerzos de su propia razón ². Y pues la verdadera dignidad, el carácter superior de la naturaleza humana está en la región de lo suprasensible, era forzoso que la capacidad espiritual del "rey de la creación, derramase sobre todo el campo visible de las obras del linaje humano aquel resplandor en cuyo brillo se destacan, con relieves salientes y contornos nada vagos, los trabajos del hombre en medio del espectáculo uniforme de la vida estereotípica de los brutos. El hombre había en todos los respectos de agradecerse algo á sí mismo en manera peculiar.

Santo Tomás describe la triple tendencia (natural, sensitiva y racional) del modo siguiente: "La tendencia (*appetitus*) sensitiva está en medio de la natural y de la racional, llamada voluntad. En el objeto á que se endereza el apetito, ó sea en lo apetecible, puede distinguirse aquello que se apecece de la causa por la cual es apetecido; por ejemplo, cuando el animal apecece alimento, la causa que le aguijonea es la utilidad, ó más correctamente, el placer de la comida (n. 240). El apetito natural aspira á su objeto sin que la causa que lo estimula sea conocida de modo alguno por el principio apetitivo, consistiendo, por tanto, en una inclinación ú ordenación interna á lo que conviene al sujeto de la tendencia. Luego estando del todo determinado el ente natural ordinario en su ser y en su inclinación una y constante, holgaría completamente el que aprehendiese la causa por la cual apeteciera un objeto, y sobre todo que distinguiera por medio del conocimiento lo apetecible de lo que no lo es, si bien en aquel que ha ordenado á la naturaleza é inclinádola á lo que le conviene, debe presuponerse tal aprehensión cognoscitiva. Por otra parte, el apetito supe-

¹ «Proprium est naturae rationalis, ut tendat in finem, quasi se agens vel ducent in finem; naturae vero irrationalis, quasi ab alio acta vel ducta; sive in finem apprehensum, sicut bruta animalia, sive in finem non apprehensum, sicut ea, quae omnino cognitionis carent» (S. THOM., *Summ. theol.*, I, II., q. 1., a. 2.)

² «Loco horum habet rationem manus, quibus potest sibi parare arma et tegumenta et alia vitae necessaria infinitis modis. Et hoc etiam magis competit rationali naturae, quae est sufficienter conceptionem, ut haberet facultatem infinitam, instrumenta sibi parandi» (S. THOM., *Summ. theol.*, I, q. 91., a. 3.)

rior, la tendencia *racional*, está dirigida inmediatamente al motivo que hace apetecible un objeto, y al motivo considerado en y por sí (*absolute*), pues que la voluntad humana atiende en primera línea á la bondad, utilidad ó cosa semejante, no aspirando sino en segunda á éste ó aquel objeto concreto, en tanto que cae debajo del motivo por que se apecece. Proviene esto de que la fuerza aprehensiva de la naturaleza racional es ilimitada, la cual pide diversos objetos entre los que pueda elegir, porque no la satisfaría la ordenación á uno determinado. Por esta razón su apetito está dirigido á algo común á muchos objetos, en aprehendiendo lo cual le parece apetecible aquél en que reconoce la razón por la cual lo busca. El apetito *sensitivo* se dirige á la cosa apetecible misma en cuanto ésta posee y ofrece la razón de apetecible (*la ratio appetibilitatis*); no á esta razón misma está enderezada la tendencia sensitiva, porque no busca la bondad ó la utilidad ó el placer por lo que son en sí, sino solamente busca *esta* cosa útil ó *aquel* objeto agradable. Debemos, pues, poner la tendencia sensitiva debajo de la racional; y sin embargo, como puede aspirar no sólo á *esto* ó *aquello*, sino á todo lo que le es útil, ó mejor dicho agradable, está encima de la mera tendencia natural. Conforme á esta disposición, el apetito sensitivo necesita de una aprehensión cognoscitiva especial, mediante la cual distinga lo agradable de lo repugnante. Claramente se manifiesta este su carácter peculiar en el hecho de que la tendencia natural aspira á su objeto con necesidad sin vacilar en la elección, al paso que la tendencia sensitiva no apecece su objeto hasta que es conocido como deleitable, si bien, una vez segura de que le brinda placer, trata de apoderarse de él con necesidad á que el sujeto no puede substraerse. La tendencia racional empero está sometida á la necesidad solamente en cuanto á la bondad ó utilidad como tal. Pues el hombre quiere el bien con necesidad, pero con respecto á este ó aquel objeto criado, vive exento de toda necesidad aunque le parezca como quiera útil ó bueno. De todo esto se desprende que el objeto de la tendencia *natural* es la cosa natural, por cuanto es precisamente ésta y no otra; el de la tendencia *sensitiva* es la cosa determinada por haber sido conocida como útil ó agradable; el de la tendencia *racional* el bien porque lo es ¹.

Hasta ahora no hemos estudiado sino los tres grupos principales, plantas, animales y hombres, con atención á sus diferencias específicas. Pero si quisiéramos descender á detalles que por ahora no nos interesan, podríamos probar que, mirando siempre á la tendencia intrínseca, no es difícil señalar claramente una pluralidad de especies de orden superior, tanto en el reino de los animales

¹ *Quaest.*, disput. 9., 25., *De verit.*, a. 1.

como en el de los brutos. Rozámonos aquí con la cuestión de la descendencia, problema que de algunos decenios acá trae agitados los entendimientos en todas las escalas de la jerarquía intelectual, desde el sabio profundo hasta aquellas capas de la cultura moderna á que pertenecen los revolucionarios y nihilistas. Si una vez consta como hecho la tendencia intrínseca, la cuestión pierde mucho en importancia y no ofrece ya las dificultades que arroja á primera vista. Lo que vienen á ser los seres orgánicos bajo la influencia de circunstancias externas y mediante una mera adaptabilidad interna, lo vemos en el desorden abigarrado de *variedades* y *razas* de brutos y hombres, y nadie ignora cuánto va de éstas á lo que se llama *especies* de plantas y animales. Mas todavía se nos brindará ocasión oportuna de volver sobre esta debatida materia.

251. No podemos dispensarnos de decir unas pocas palabras sobre el valor que tiene la idea del fin para fijar las diferencias individuales.

La filosofía que quiere diluir en mera apariencia y evaporar la realidad objetiva que nosotros hemos reconocido, se complace en establecer el tiempo y el espacio como únicos principios de individualidad. Concedemos que *para nuestro conocimiento* de la diferencia individual es eminente la importancia del tiempo y del lugar entre todos aquellos principios. De mudanzas distintas unas de otras por razón del tiempo, decimos que son dos, tres ó más en número, y los cuerpos separados por el espacio se nos presentan como una pluralidad. Pero todo el que, como nosotros, tome los fenómenos por lo que *son*, es decir, por manifestaciones de realidades, deberá confesar que la separación local y temporal no puede ser la razón de la diferencia individual, si bien es uno de los indicios que nos la manifiestan ó anuncian.

La filosofía peripatética establece la materia como principio de individuación, y con razón, pues á causa de su propiedad de materiales las cosas se extienden en el espacio, y la división, causa de la multiplicación, toma las cosas por su lado material. Debe además considerarse á la materia como principio de individualización en razón de poseer aislamiento concreto desde luego y por sí misma, al paso que la forma representa por sí solamente el ser de la especie, ó sea un ser de carácter universal, y no adquiere el de individuo hasta que es ordenada á la existencia concreta.

Tomamos aquí el término "individuo", en sentido más pleno, en cuanto por él se expresa que el ser, siquiera sea distinto realmente (*entitative*), y hasta cierto punto *discreto*, debe concebirse como unidad intrínseca y oponerse á otro ser, constituyendo el individuo, por tanto, un ente indiviso acabado en sí y distin-

to de otros seres. Llámase, pues, *individuo* en el sentido explicado á aquel ser compuesto que forma, ó cuando menos junta, sus partes todas por elaboración intrínseca para ejercer una acción de manera tal que esta acción sea rematada y perfecta en sí, y no aparezca como acción parcial de otra actividad intrínsecamente una y más comprensiva que ella. Hablando de un individuo, no debemos pensar sino en algo cuya naturaleza no consiente que se le divida si ha de seguir siendo lo que es, ó bien lo que está destinado á ser por su naturaleza.

Deberáse juzgar por todo el hábito de un ser si es una verdadera individuo ó un complejo de individuos ó al contrario, si es una pieza, fragmento ó pedazo de otros individuos más comprensivos. Mas como quiera que el hábito ó la conducta total del individuo es sustentada por la tendencia final intrínseca, el criterio teleológico será el más conveniente para fijar con prontitud la individualidad de las cosas. Para que una cosa sea individuo es menester que la tendencia teleológica sea intrínseca, acabada en sí, indivisa en todo lo concerniente á los momentos esenciales de su existencia.

A nadie se le ocurrirá llamar individuo á una máquina, puesto que la fuerza que la impulsa y dirige está fuera de ella. El ojo no es tampoco individuo; pues aunque el aparato óptico nazca y se desenvuelva en sí mismo, la acción del ojo está como incorporada y subordinada á la acción intrínseca general del organismo á que sirve de guía.

¿Acaso una colmena es un individuo? Vemos que todas las abejas de una colmena trabajan para un solo fin, prefijado por la naturaleza; pero la tendencia final intrínseca de cada abeja está acabada y concluida, por lo que hace á la esencia de sus trabajos, dentro de cada una de ellas. Cada una de estas laboriosas cereras se busca primero á sí propia, y el fin que la acción acorde de las inquilinas de la colmena alcanza, aunque se presenta como uno en el resultado y uno por la primera disposición, no es uno en cuanto la acción que á él tiende parte de cada una de las abejas. Ninguna duda dejan sobre este punto el existir las abejas separadas, independientes, aisladas cada una por sí; pues mientras que en toda abeja es intrínseca la unidad que comprende las operaciones de los ojos, de los pulmones y del corazón, la unidad simbolizada por la colmena es solamente extrínseca para cada uno de los individuos que la labran y pueblan. ¿Acaso la continuidad en el espacio y el tiempo bastará á fundar la individualidad? No. Organismos que han venido á juntarse por algún accidente durante su desarrollo embrional (como los gemelos siameses que han sido exhibidos en varias capitales de Europa), no serán mirados por nadie como un solo individuo, porque la continuidad, que en semejantes casos no

se puede negar, no significa nada en comparación con la unidad que á cada una de las partes unidas por un vínculo, ni siquiera absolutamente indisoluble, le da su disposición teleológica natural. Aun allí donde falta la continuidad local de acción, como sucede con peces yertos de frío, á los que se deshíela después de algún tiempo, ó con los rotíferos (braquiones), que después de haber estado en seco se reaniman cuando se les remoja, no falta, sin disputa, la unidad que caracteriza al individuo. Es, pues, el fin el momento decisivo para la individuación, puesto que en él se revela de manera eminente el ser intrínseco de las cosas.

El hombre es individuo en el sentido más íntegro de la palabra. Aparte de que toda la actividad ejercida por un individuo humano ostenta clarísimamente el sello de acción y indivisa acabada en sí, la conciencia que él mismo tiene de sí le atestigua de modo inequívoco su carácter de individuo; pues sin ninguna vaguedad conoce la unidad en que se resumen sus partes y su independencia de otras substancias.

Si bien no con tanta claridad como el hombre, el animal tiene algún conocimiento de su totalidad indivisa y acabada. El vegetal carece de toda conciencia de sí propio. Pero nosotros conocemos en él, no menos claramente que en el animal, el plan uno y comprensivo por el cual el organismo se elabora por evolución de dentro afuera, y tiende á producir semillas para nuevos individuos de la misma especie. De una realidad final indivisa se desarrollan las partes que se pertenecen unas á otras; la armonía de todas ellas, que más tarde se despliega, existe desde el primer origen del vegetal encerrado en la semilla.

Lo que dijimos de los organismos debe aplicarse, *mutatis mutandis*, á la molécula, porque en ella también descubrimos muchas partes ordenadas por un principio intrínseco á constituir una naturaleza determinada mediante su agregación conveniente á los fines que realiza¹.

Con nuestras apreciaciones no intentamos negar el hecho patente de que muy á menudo un individuo natural encierra una pluralidad subordinada de fines internos. El pie del individuo animal sirve de sustentáculo para su cuerpo, y su ojo para la visión. En el espesor de la membrana reticular del ojo hay varillas y ejes que tienen cada uno su fin particular y en cierto modo independiente; cada varilla tiene á su vez un miembro exterior y otro interior, que llenan diferentes objetos, y de esta manera el análisis podría extenderse al pie y á todas las partes del organismo animal. No

¹ Quam a forma (entiéndase el principio de tendencia teleológica) unaquaque res habet esse, a forma etiam habebit unitatem (S. THOM., *Summa contra gent.*, l. 2, c. 58.)

obstante, siendo el todo, ó sea el conjunto de todas las partes, el que las elabora y les confiere á la vez orden y unidad, al todo es al que atribuimos y reconocemos llana y simplemente la naturaleza individual, mientras que podemos llamar individuos á las partes componentes sólo en sentido impropio, y por impropio perturbador.

Igualmente es notorio que los fines particulares de muchos individuos se unen y coligan con frecuencia para conseguir un fin indiviso que comprende á los otros. Los hombres se unen constituyendo familias, tribus, Estados, Imperios; los animales forman manadas, que son sus sociedades, dentro de las cuales cada dos ó más individuos se hallan unidos por vínculos naturales más estrechos. Pero en casos tales tenemos una unidad meramente accesoria á la pluralidad de los individuos, pues que éstos no conservan esencialmente su pluralidad y subsistencia. Semejante sociedad compuesta harmónicamente, puede llamarse individuo solamente en lenguaje figurado.

De estas consideraciones se desprende ahora la relatividad del concepto de individualidad, ó mejor diríamos del concepto de unidad, que fue tratado en la escuela peripatética con gran cuidado¹. No es, sin embargo, en todos los casos especiales igualmente fácil reconocer claramente la unidad.

Los antiguos advirtieron ya que la naturaleza huye en las distinciones y diferencias de la dureza y rigidez. El interés superior de la armonía y la necesidad de la existencia de muchas cosas distintas en *un mismo* mundo exigen, según ya observó ARISTÓTELES, que por todos los órdenes de la jerarquía natural lo bajo toque á lo alto, y lo superior lance el esplendor de su perfección sobre la región de los seres imperfectos. He aquí también patente la razón por qué la unidad y la pluralidad no están opuestas en la naturaleza la una á la otra, cual potencias enemigas, con tesón inflexible, sino que en grados diversos se compenetran mutuamente. Así como la unidad accesoria que comprende muchos individuos se aproxima á menudo á la unidad física, tanto que es difícil distinguirla de ella, así también la pluralidad subordinada se desarrolla tan libremente dentro de un individuo que parece destruir la unidad del conjunto.

Los sabios interesados en hacer pasar por pura ilusión toda individualidad de las cosas para dar más fácil entrada á sus errores monísticos ó atomísticos, se agitan con marcada preferencia en esos terrenos fronterizos, en los cuales nos es tan difícil distinguir lo de aquí y lo de allá. HАВСКЕЛ, por ejemplo, trata de explotar para

¹ Véanse, por ejemplo, á SCÁLEZ, *Lisp.*, 4, *X et seq.*; KLEUTORS, *Filosofía de la antigüedad*, núm. 631 y siguientes.

su teoría los sifonóforos, afanándose por ver y hacernos ver en cada uno de ellos un verdadero Estado con muchos ciudadanos ó "personas". Pero basta leer la descripción misma de HAECKEL para convencerse, á pesar de la tergiversación de los conceptos, de que el supuesto Estado de sifonóforos es un solo y verdadero individuo. "Todos los individuos (!), dice el catedrático, son huecos, y sus cavidades comunican por tubos abiertos con la cavidad del tronco central, ó sea del pólipo principal á que están sujetos. El líquido alimenticio que preparan los pólipos, que podrían llamarse comedores (!), es transmitido por ellos al pólipo central, y repartido por éste á los demás individuos (!) del Estado, como podría hacerse en un gran establecimiento de beneficencia que da sopas á los menesterosos, recibiendo cada uno tanto de esta sopa espartana como puede digerir su estómago, ó sea cuanto cabe en el hueco de su cuerpo. Otra señal que revela la escasa trabazón social de todos los individuos (!), es la voluntad concorde que anima toda la colonia. Cuando uno de ellos se siente violentamente herido, el dolor que la lesión le causa á él transcende en seguida á los demás y hace á toda la zoópolis flotante (!) contraerse ó ponerse en precipitada fuga. Los movimientos arbitrarios que los ciudadanos (!) efectúan á consecuencia de semejantes percances, denotan el más perfecto acuerdo de voluntades." Con la misma intención SPINOZA afirmó que el cuerpo humano constaba de muchos individuos de diversa naturaleza, cada uno de los cuales era á su vez compuesto de crecido número de otros menores¹. Recientemente se ha reconocido á menudo á la célula vegetal, y aun á la animal, cierta autonomía que trae á la mente la idea que implica la individualidad. "Toda vida está ligada á la célula, y ésta, no sólo es el vaso de la vida, sino que ella misma es la parte viva... ¿Qué es el organismo? Una reunión de células vivas, un pequeño Estado bien provisto de empleados superiores y subalternos, de amos y sirvientes, grandes y pequeños." Así lo afirma VIRCHOW². De creer á este naturalista, tendríamos un número asombroso de individuos. En la sangre de un hombre adulto circulan en cada momento sesenta billones de las células que VIRCHOW nos describe, y muchas razones hay para presumir que cada uno de estos cuerpos celulares está compuesto de un número análogo de cuasi individuos subordinados; ¿dónde, pues, hemos de fijar el límite?

El otro caso de que una unidad comprensiva de muchos individuos verdaderos se aproxima muy de cerca á la unidad efectiva de un solo individuo, aparece en algunas materias inorgánicas com-

¹ *Ética*, segunda parte, tesis 7.

² *Cuatro discursos*, pág. 64 y siguientes.

puestas, aunque no asociadas por fuerza química, en una nueva substancia indivisa.

Concedamos en hora buena que hay casos en que debemos desesperar de marcar la linde entre la unidad y la pluralidad; ¿pero qué se sigue de aquí? Valiente método científico sería el de negar en redondo la existencia de verdadera unidad y pluralidad por la razón sola de que en ciertos casos no es hacedero distinguirlas.

§ IX

La tendencia teleológica y los sabios modernos.

352. Al volver por la tendencia teleológica tal como la entendían los filósofos de los tiempos antiguos, no queremos de ningún modo aparecer como desenterradores de una verdad sepultada bajo el moho y olvidada del todo por los modernos. Al contrario, de muy buen grado reconocemos que de algún tiempo acá se acentúa en los círculos de los filósofos conocedores de la naturaleza y de los naturalistas amantes de la especulación una corriente que los va llevando inconscientemente hacia atrás, á la concepción natural de los antiguos. Muchos sabios se han persuadido de que es preciso reconocer en los entes naturales más que un principio de movimiento mecánico, más que atomitos indiferentes, y que este "más" debe concebirse como tendencia ideal. ¡Cuál sería nuestra alegría por esta observación si esa misma corriente no arrastra se á algunos consigo hasta los errores opuestos!

Dejando aparte á LEIBNITZ, que proveyó á sus mónadas de percepción y volición, SCHOPENHAUER cosecha hoy día muchos elogios por la defensa que ha hecho de las tendencias naturales inmanentes á las cosas. Dispéñanos casi de transcribir algún pasaje determinado en confirmación de este aserto aquel conocidísimo dogma capital de la filosofía de SCHOPENHAUER, que enseña explícitamente que toda la esencia de la naturaleza consiste en propensiones ciegas, llamadas "voliciones, por el ingenioso cuanto mal humorado filósofo. Será, pues, suficiente un solo ejemplo. "Contemplad, dice, las formas sin número de los animales. Ved cómo cada uno es solamente el trasunto fidelísimo de su voluntad, la expresión visible de sus voliciones, que constituyen su carácter... Tanto la exactitud con que la arquitectura del esqueleto se ajusta á los fines particulares y á las condiciones exteriores de la vida del animal, como la maravillosa conveniencia y armonía en

la organización de sus diferentes órganos y aparatos, no se conciben, ni con mucho, por ninguna otra explicación ó hipótesis tan satisfactoriamente como por medio de la verdad establecida y probada ya en otro lugar, de que *el cuerpo del animal no es sino obra de su voluntad*... Aquí el maestro, la obra y la materia son una misma cosa. Por esta razón todo organismo es una obra maestra cuya perfección no acertaremos nunca á ponderar como es debido. Aquí la voluntad no abrigó primero la intención, no ha nacido el fin, ni le adaptó los medios y triunfó de la materia...; no hicieron falta medios extraños que hubiese sido necesario dominar; aquí, querer, obrar y conseguir todo fué uno. Ved ahí la razón por qué el organismo se nos presenta como un prodigio no comparable á ninguna de las obras del hombre, excogitadas á la humeante luz de su corta inteligencia ¹.

Vemos que las palabras no carecen de un fondo de verdad. SCHOPENHAUER hace además la observación exacta de que los empíricos emplean, con preferencia á otros, frases que dejan entrever que ellos mismos piensan en tendencias volitivas de las cosas, recordando que COPÉRNICO dijo: "Equidem existimó gravitatem non aliud esse quam appetentiam quandam naturalem"; que JUAN HERSCHEL declara la gravedad resultado de una *voluntad* ², y que LIEBIG habla de un *apetito* que se manifiesta en las combinaciones químicas ³.

El representante jovial del pesimismo moderno, ó más bien del mal humor, semejante al de los que van á ahorcar y propio de nuestro tiempo, E. VON HARTMANN, confirma la verdad que sostenemos cuando se expresa de esta manera: "La fuerza atractiva atómica impulsa á los átomos á aproximarse; el resultado de esta tendencia es la ejecución de la proximidad. Tenemos, pues, que distinguir en la fuerza la tendencia ó aspiración misma y aquello que consigue. La tendencia está antes que la ejecución. El movimiento resultante no puede estar contenido como realidad en la tendencia. Pero si de ningún modo estuviera contenido en ella, la tendencia no tendría razón para producir atracción y no otro efecto

¹ Sobre la voluntad en la naturaleza (*Ueber den Willen in der Natur*), pág. 54.

² Sobre la voluntad en la naturaleza, pág. 87.

³ *Loc. cit.*, pág. 97.—Entre los sabios modernos recordamos á A. R. WALLACE, el cual se expresa de manera análoga: "Parece una conclusión no difícil de probar que todo es fuerza volitiva, y que todo el universo, no sólo depende de la voluntad de inteligencias superiores ó de una inteligencia suprema, sino que el mismo es esa voluntad." (*Nuevos estudios sobre la selección natural*). Traducción al alemán por MEYER, pág. 423.—Allí mismo WALLACE observa, según parece, muy acertadamente: "Muchos opinan que semejantes especulaciones están más allá de los límites de la ciencia; pero á mi me parecen conclusiones más legítimas de hechos comprobados por la ciencia, que aquellas que no sólo reducen todo el universo á la materia, sino á una materia ideada y definida de tal modo que resulta filosóficamente inconcebible." (*Loc. cit.*, pág. 424).

to, repulsión por ejemplo, y para variar á medida de la distancia según ésta y no otra ley; entonces sería tendencia vana sin contenido cierto y debería quedar indeterminada, y por tanto sin producir resultado alguno, lo cual es contrario á la experiencia. La observación de los hechos más bien demuestra que no por casualidad un átomo ora atrae, ora repele, sino que, en punto al fin de su tendencia, es siempre consecuente é igual á sí mismo. No hay, pues, otro modo de soltar la dificultad que admitiendo que la tendencia lleva en sí misma toda la determinación de su manera de obrar; no obstante, no la contiene como realidad. Siendo, empero, la tendencia del átomo un elemento primordial y constitutivo de la materia, y como tal simple é inmaterial de suyo, de modo que no cabe hablar de predisposiciones materiales, es necesario reunir aquellas pretensiones de manera inmaterial. Esto es posible sólo si la tendencia posee, como una imagen ó trasunto de la realidad, toda la determinación variable por leyes fijas de los efectos que produce. Sólo cuando en la tendencia de la fuerza atómica el *qué* de la misma está idealmente trazado es doble su determinación, y sólo entonces es posible que produzca resultados con aquella consecuencia que conserva en el mismo individuo dinámico constantemente el mismo fin positivo ó negativo ¹.

Por abigarrados y confusos que sean los cuadros en que por otros conceptos podría agruparse á los que tienen por oficio hilvanar ideas en Alemania, en todas partes la verdad en que con tanto empeño insistimos se impone bajo los nombres más extraños; quién habla de *potencias morfológicas*; quién de *escalas de objetivación de la voluntad natural*; éste crea un alma del mundo; aquél desentierra las *mónadas cognoscitivas* de LEIBNITZ; otro pretende hasta saber que la naturaleza está dotada de *memoria*, ó que en ella reina una *fantasía* objetiva, una facultad creadora y plástica que da plan y fin al ímpetu de las fuerzas rígidas y mecánicas de la naturaleza, encaminándolas á la realización de sus tareas ingentes; cuál nos cuenta lo que cree haber averiguado de "sensaciones elementales de los átomos como esfera que son de conciencia"; cuál otro discurre de lo lindo sobre las "conciencias celulares", y un poco más allá sobre la "unidad metafísica inconsciente de los átomos sensitivos", y no falta quien saca á relucir las ideas de PLATÓN y hasta las entelequias del maestro ARISTÓTELES.

TEODORO FECHNER, que por otro lado ha hecho todo cuanto está en el poder humano para salvar los principios de los átomos, declara decididamente que la atomística no alcanza á resolver los

¹ *Filosofía de lo inconsciente*, pág. 177 y siguientes.

problemas de la naturaleza. Su opinión es que todo el mundo es el conjunto de fenómenos existentes sólo en espíritus que á su vez están encajados en la Divinidad.

253. Y: qué hemos de decir de los últimos años de la época presente? ¿No vemos—según dice textualmente el catedrático ZOELLNER—á los pensadores y naturalistas alemanes tiernamente abrazados como dos amantes, cediendo á irresistible anhelo después de largos días de enojos y rencores, alargarse la mano en señal de eterna alianza? Ya resuenan los bosques alemanes con las voces de cantores alados; hojas y flores apuntan; todo es brotar y germinar; y embriagada de dulcísimas esperanzas, como al romper el alba de un hermoso día primaveral, la patria alemana contempla la salida del fulgente astro del día¹. Este sol, empero, según todavía tendremos que persuadirnos, no es otro que el monismo hilozoístico, ó sea el extremo opuesto al atomismo mecánico, no menos falso que éste.

A capitanear este progreso ha ido buena parte de los partidarios del materialismo, como hoy se dice, de la *synthesis mechanicomonistica* hablando de animación general de la materia ó de una inteligencia immanente en los átomos, ó, volviendo á la definición de SPINOZA, de un ser que por un extremo es extenso y por el otro pensante.

CONRADO DIETRICH declara que “no se debe extrañar esta fusión de la ciencia de DARWIN-HÆCKEL con ideas de LEIBNITZ, puesto que, suponiendo átomos que obran unos sobre otros con fuerzas de atracción y repulsión ciegas del todo ó indiferentes á toda configuración determinada, será mucho más fácil concebir el impulso plástico inherente directamente á las partes últimas de la materia, su propensión á cristalizar y organizarse, impulso y propensión que no menos que la simple gravitación y la asociación química de dos elementos denotan la existencia de una fuerza y capacidad de la materia para producir tales efectos”.

El Barón DU PREL, que ambiciona la gloria de llegar á ser el “DARWIN” de la Astronomía, se expresa en los siguientes términos: “Mientras miremos la regularidad de la materia como cosa extraña á su esencia y adherida exteriormente á ella; mientras la consideremos como mole inerte que no se pone en acción sino por impulso exterior, pero que por sí misma es incapaz de todo movimiento conveniente ó perjudicial, no habrá modo de penetrar los misterios de la naturaleza... En las ciencias naturales mismas, y singularmente en sus representantes más calificados, empieza

¹ *Naturaleza de los cometas*, pág. 81 del Prefacio.

² *Filosofía y ciencia del porvenir*. Tübinga, 1875, pág. 40.

á operarse una reacción sana contra la interpretación meramente superficial de los fenómenos y á imponerse el empeño de derivar las leyes reguladoras de la materia de su propia é intima esencia¹. DU PREL no encuentra por fin otro recurso que el de dar á la materia la facultad sensitiva por propiedad fundamental.

Por excusado tenemos, y aun por cosa aburrida para el lector, consignar aquí los nombres de todos los que se han adherido á la nueva tendencia filosófico-natural. Cierto interés puede, sin embargo, despertar todavía el modo como ORTO CASPARI construye un panteísmo hilomórfico que pretende guardar el justo medio entre los extremos de la doctrina teleológica y la teoría del ciego azar mecánico². Haciendo dominar el universo por leyes lógico-mecánicas de conservación, cuya razón pone en la esencia de las cosas, dota á los átomos de afinidad é interna conservación de sí llena de vida. Dice CASPARI: “De no poseer los átomos del universo un afán psico-físico interno de conservarse... el mundo, coordinado en átomos, ya tiempo habría llegado á un estado que representaría el equilibrio eterno y absoluto de las masas, ó sea de sus partes entre sí... A las formaciones orgánicas les concede un instinto más intenso de conservación y un impulso á variar y reproducirse.

Estas pocas muestras bastarán para dar una idea del giro que ha tomado durante los últimos años el pensamiento filosófico moderno. Búscase, y con razón, porque así lo exige el modo de raciocinar rigurosamente causal, en las cosas mismas la razón de los hechos registrados por la experiencia y que aguardan ser explicados; pero no se le encuentra en las causas mecánicas. No andan descaminados, por cierto, los que viven persuadidos de que esta razón debe existir en las cosas del mundo externo. Pero ¿cuál es esta razón? En lugar de atenerse, al buscarla, estrechamente á los hechos que piden explicación, los sabios se entregan á ensueños y fantasías metafísicas con tan desordenado afán que el espectador cree presenciar la danza de brujas de la “especulación alemana”. Los pensadores alemanes, descarriados por el desierto baldío de la especulación, y dándose cabezadas unos á otros no pocas veces, oyen campana sin saber dónde, según frase vulgar, ó por sí á al-

¹ «La lucha por la existencia en el cielo» (*Der Kampf ums Dasein am Himmel*), 2.^a edic. Berlin, 1876, pág. 331.

² En la revista *Asiáná* (El Extranjero) del año 1875, números 27, 28 y 29.—CASPARI repite un juego de manos ejecutado con frecuencia por los prestidigitadores que hay entre los sabios modernos. Después de fingir una teleología como jamás ningún hombre discreto la ha sostenido—como si teleología significase la aspiración inmediata á un tipo fijo de lo absoluto, á una situación permanente de reposo, á un estado final absoluto en todos los procesos de la naturaleza—esponjándose con la gratuita seguridad de un triunfo que nadie le saldrá á disputar, enristra la lanza contra este molino de viento. Mil parabienes le damos por su infantil contento.

quien le gusta más la imagen poética, podemos decir que desde que han perdido de vista á la gran filosofía de los tiempos medios, la verdad es para esos pobres como la capilla perdida de la melancólica balada de Uhland.

Por nuestra parte señalamos ante todo la verdad que cual hilo encarnado se puede extraer de esta intrincada madeja de opiniones. El reconocimiento de que se debe atribuir á las cosas naturales algo más que una pluralidad de partes movidas mecánicamente; que poseen un lado ideal por el que el volumen divisible se halla unido á una unidad de esencia, señala una conquista perpetua, un verdadero progreso en el conocimiento del error materialista contemporáneo, una rehabilitación de la filosofía del Angel de las Escuelas. Aquel "más," según ya dijimos varias veces, era designado con el nombre *forma* en la filosofía peripatética, y no deja de tener gracia la enorme antipatía que los pensadores de nuestra época demuestran á la idea de la forma. Pues ¿qué es la *forma*? preguntan, como si ellos nos supieran decir más claramente qué es la fuerza ó la materia.

Echando al viento el consejo de Newton¹, todos reconocen impávidos la "atracción universal," especie de auriga gigantesco, aunque invisible, bajo cuya dirección todos los seres del universo, desde la estrella fija más grande hasta el más menudo granito de polvo que brilla en un rayo de sol, se mueven con orden y ley, ó más bien como si estuvieran aprisionados en inmensa red de finas cuanto fuertes mallas. Quien se traga camellos de tal mole, entendemos que no tiene motivo para acribar mosquitos.

Sólo causa lástima ver cómo el péndulo de la filosofía moderna, al inclinarse hacia la verdad, pasa por delante de ella para correr hacia el otro no menos pernicioso extremo. De no ser así, reposaríamos sossegados en el punto equidistante de ambos extremos en que la filosofía antigua se ha mantenido durante muchos siglos con majestuosa tranquilidad.

Si bien podemos observar que la marcha de la filosofía natural imperante ha seguido hasta ahora una línea cuyo punto céntrico se halla en las cercanías de la doctrina aristotélica, debemos guardarnos, sin embargo, cuidadosamente de entrar en los derroteros escabrosos de esa filosofía y estar precavidos también con-

¹ Voces attractiois, impulsus, vel propensionis cujuscumque in centrum, indifferenter et pro se mutuo premittere usurpo, has vires non physice sed mathematice tantum considerando. Unde caveat lector, ne per hujusmodi voces cogitet me speciem vel modam actionis causamve aut rationem physicam alicubi definire, vel centris vires verè et physice tribuere, si forte aut centra trahere aut vires centrorum esse dicere. (*Phil. Nat. Principia Math.*, Definitio VIII.) Si los dii mino rumgentium de las ciencias naturales hablasen de los átomos con restricciones parecidas á las que hace el gran Newton respecto de la atracción, nada tendríamos que objetar al concepto del átomo.

tra ciertas tentativas de transacciones sospechosas. Tan desca-
minado anda quien trata de indagar en sistemas atomísticos con
ribetes de teísmo el punto medio entre la filosofía escolástica y el
atomismo materialista, como el que, pasando más allá de la filoso-
fía del Doctor Angélico, quisiera hacer al panteísmo algunas con-
cesiones monísticas ó psiquísticas, sea en el sentido en que lo in-
tentó GUENTHER, ó en cualquiera otro. Teniéndose la filosofía pe-
ripatética á distancia infranqueable del exclusivismo mecáni-
co, no puede tampoco acomodarse á teorías que negando toda
realidad á la materia, principio de la extensión y de la mecánica,
y disolviendo todo el universo en mera fuerza, preparan el ca-
mino á los errores del monismo. Si el mecanismo despoja las co-
sas naturales de lo que se necesita para explicar los hechos de la
naturaleza, el dinamismo les confiere mucho más de lo que tales
hechos comprueban.

